



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra:

El miedo y la cultura de guerra: impactos de la norteamericanización de la seguridad

Autor:

Rodríguez Rejas, María José

Forma sugerida de citar:

Rodríguez, M. J. (2017). El miedo y la cultura de guerra: impactos de la norteamericanización de la seguridad. En A. D. Salinas (Ed.), *América Latina: nuevas relaciones hemisféricas e integración*. Universidad Iberoamericana; Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

América Latina : nuevas relaciones hemisféricas e integración

ISBN: 978-607-02-9305-4

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8
Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL MIEDO Y LA CULTURA DE GUERRA: IMPACTOS DE LA NORTEAMERICANIZACIÓN DE LA SEGURIDAD EN AMÉRICA LATINA

María José Rodríguez Rejas

“Si no tuvieras miedo, ¿qué harías?”
(Acción Poética San Luis)

INTRODUCCIÓN

El gran éxito de la refundación social del capitalismo de fines del siglo XX, que conocemos como fase neoliberal aunque políticamente sea neoconservadora, ha tenido lugar, sin duda, y tras revisar el impacto, en nuestras sociedades, en el ámbito sociocultural. Más allá de las medidas en materia económica por todos conocidas, en especial cuando se vive en países de la región que están estrechamente subordinados a la política imperial estadounidense, como es el caso de México, Colombia, Perú y varios países centroamericanos, lo que puede constatararse es el impacto de la refundación en el sujeto social y político de a pie. Los procesos de ruptura del tejido social, de atomización, corrupción y crecimiento de la violencia urbana en contextos de violencia estructural asociados a una desigualdad y pobreza no resuelta, son una constante no sólo en nuestra región sino en otros continentes. Sin duda, son mucho más evidentes en las experiencias más dependientes de Estados Unidos (EUA), y en la misma medida, más conservadurizadas, como México y Colombia, países, ambos, inmersos en una situación de guerra que expresa la violencia en su forma más cruenta y a la que acompañan procesos de anomia, vulnerabilidad e impotencia funcionales a la reproducción del orden social dominante y que, en la misma medida, dificultan las expectativas de cambio social. Nuestra mirada, inevitablemente, está marcada por la experiencia mexicana actual; un país arrasado por la violencia, el dolor y la expoliación de sus recursos.

Nos interesa destacar que esta refundación conservadora no sólo se

expresa y reproduce de forma explícita en el ámbito político (descrédito de la política, estigmatización de lo organizativo, desconfianza en las instituciones, descalificación de lo público, etcétera), sino que se incorpora a la vida cotidiana del sujeto y que éste mismo reproduce en su relación con los otros, en una práctica de tejer y hacer cultura. Esta expresión tiene un impacto social y político tanto o más relevante que la primera. Somos, en nuestros intercambios sociales; nuestros códigos de sentido, desde los que pensamos, sentimos e imaginamos; están insertos en una cultura. Nos construimos como sujetos en un campo sociocultural. Hegemonizar el campo de la cultura es proyectarse y reproducirse a futuro y, como bien sabemos, las transformaciones culturales son procesos complejos y lentos en el tiempo. En este campo, los neoconservadores han logrado eficientes y rápidos éxitos si consideramos este periodo de treinta y cinco años de embate abierto.

En las últimas décadas, las preocupaciones por la seguridad no sólo han inundado los medios de comunicación sino que hemos asistido a una reformulación de las concepciones y políticas de seguridad tanto a nivel nacional como en los espacios subregionales, estén éstos subordinados directa y estrechamente a la política estadounidense —siendo Plan México o Plan Colombia un claro ejemplo— o no. Desde Brasil pasando por Chile o Argentina, la seguridad es una preocupación que se enfrenta militarizando la seguridad pública, la frontera entre seguridad nacional y seguridad pública se ha ido haciendo cada vez más tenue. Sea, en una u otra escala, la refundación conservadora, tiene un marcado componente militar desde el que se construyen las relaciones entre países pero también al interior del país, no solo institucionalmente sino entre la gente, en el día a día. No obstante, la magnitud e intensidad no son un asunto menor. En casos como el de México, donde la hegemonía neoconservadora se impone, la inseguridad se torna abiertamente en guerra.

La cultura de guerra es la expresión más acabada de la refundación de cultura conservadora. La guerra en este momento, y no sólo en esta parte del mundo, es sobre todo ideológico-cultural. La dimensión militar es la más evidente, aunque no la más profunda, como queremos ir mostrando a lo largo de este trabajo. La inseguridad se manifiesta en diversos planos interrelacionados, desde el personal atravesando por el social, hasta el de

la corporalidad-vida que se manifiesta en violencia urbana, cada vez más contaminada por los excesos y prácticas de la guerra. De las imágenes de la televisión en que aparece Afganistán pasamos a los descabezados y descuartizados de Michoacán, o los levantados en Guerrero, o las desaparecidas de Juárez y de ahí a nuestro entorno urbano, que va tintándose con los mismos códigos de guerra (armas que disparan, cuchillos que cortan, violaciones, amputaciones de dedos, etcétera).

Las concepciones de la amenaza, del “otro” como enemigo y del miedo, permean la cultura y se instalan en nuestra vida cotidiana. Lo que queremos plantear en este trabajo es el vínculo que hay entre las políticas de seguridad y defensa continentales con la vida cotidiana del sujeto, eso que en principio parecería tan distante, pero es ahí, donde, precisamente, el conservadurismo logra su mayor éxito, al habitar-ocupar-invasión nuestro mundo de vida y nuestras emociones. El caso de México, en este momento, es una muestra diáfana de cómo se expresan a nivel nacional, en el plano legal e institucional, una concepción de la seguridad cimentada sobre la guerra y que fue diseñada desde las necesidades e intereses geopolíticos y geoeconómicos de Estados Unidos.¹ Es un ejemplo de cómo la economía de despojo y enriquecimiento –legal e ilegal– usa la guerra y la violencia como mecanismo de control de territorio pero, además, cómo la guerra construye una cultura funcional al control social. Este trabajo está centrado en las trayectorias de la dominación y en cómo opera esa construcción e irradiación de las concepciones de seguridad basadas en la lógica de guerra, más concretamente en contrainsurgencia, y que tienen su matriz en Estados Unidos y en el proyecto de Seguridad Hemisférica que, en tanto proyecto geoeconómico de saqueo y acumulación, comparte intereses con las élites nacionales de varios países de América Latina.²

Por primera vez en América Latina los procesos que legalizan e institucionalizan la militarización, que descansan en definiciones de enemigo interno, guerra total y permanente, uso social del miedo, y que consideran las intervenciones armadas en terceros países en nombre de un modelo de civilización (caso de Haití en 2004), son ahora dirigidos por gobiernos democrático-electorales. Todos y cada uno de esos términos y concepciones han formado históricamente parte de las estrategias de contrainsurgencia, ahora reproducidas en escala masiva, lo que también

es una novedad histórica. Estamos asistiendo a la internacionalización del uso del miedo y de la impunidad como mecanismos de control social. La ex-Yugoslavia, Irak, Afganistán, Siria o Palestina son ejemplos de territorios desangrados y rotos en los últimos años, así como México o Colombia lo son en América Latina. Sorprende nuestra dificultad en el ámbito académico para identificar el carácter contrainsurgente de estas experiencias, el desdibujamiento de nuestra memoria que también parece ser parte del éxito de la contraofensiva conservadora. Lejos de las concepciones que marcan un cambio de signo con el 11-S, consideramos que hay un *continuum* histórico desde los setenta hasta nuestros días que forma parte de ese ciclo neoconservador.

El texto propone, en primer lugar, un recorrido desde el mundo de vida cotidiano en el que podamos reflexionar sobre la cultura de guerra y el papel del miedo como mecanismo de control social; una parte central del material fue obtenido de un Grupo de Discusión (GD) realizado con jóvenes de la Ciudad de México en 2015.³ Decidimos documentar las percepciones de inseguridad y los miedos de jóvenes con un perfil que consideramos representativo de la población mayoritaria: son jóvenes, no viven en los escenarios más violentos del país, lo que arrojaría una visión centrada de antemano en el miedo, sesgando la investigación, y no tienen una participación política explícita o en organizaciones vinculadas a derechos humanos, lo que también les colocaría en lógicas de reflexión desde proyectos específicos. El grupo se conformó con estudiantes universitarios de ambos géneros que viven en colonias populares de la Ciudad de México. Elegimos una mirada desde los jóvenes no sólo por su peso demográfico sino porque son los sujetos y víctimas mayoritarias de la violencia y la guerra. A continuación, nos adentraremos en el papel que juega el dolor y el cuerpo en la transformación cultural de nuestros días en este contexto de guerra. Por último, revisaremos los lineamientos y concepciones de seguridad de EUA hacia América Latina y su carácter contrainsurgente, cerrando con algunas conclusiones generales. En definitiva, se trata de plasmar una reflexión sobre el tema y, sobre todo, intercambiar ideas para entender nuestro hoy pero también para visualizar un horizonte futuro de vida.

EL USO SOCIAL DEL MIEDO EN UNA CULTURA DE GUERRA, EL “OTRO” COTIDIANO
COMO POTENCIAL ENEMIGO

Las cifras de muertos, desaparecidos y desplazados en México⁴ en los últimos años, dan cuenta de una situación de guerra: entre 2006 y 2012 hubo 121 683 muertes violentas,⁵ sólo en 2013 hubo 18 388;⁶ los desaparecidos entre 2007 y 2014 ascienden a 23 272;⁷ y los desplazados de la guerra del narcotráfico se estiman en 160 000.⁸ El secuestro y la extorsión siguen una curva de ascenso permanente desde 1997,⁹ que no es revertida por la baja en algunos años.

La cultura de violencia y guerra nos rodea, nos envuelve y se introduce en nuestras vidas con una rapidez inusitada. Nos hemos acostumbrado a vivir en medio de la violencia y la guerra, con muertos, desaparecidos, torturados y desplazados; con militares y policías-militares que patrullan las calles en una demostración de fuerza, subametralladora en mano; con delincuentes que a plena luz del día y, también armados, cobran su cuota de extorsión en los negocios. Esta cultura de guerra usa el sentimiento del miedo como vehículo de (re)socialización, a través del cual interiorizamos los códigos, valores, representaciones y papeles de esta puesta en escena de brutal violencia. En el grupo de discusión (GD) realizado con jóvenes¹⁰ sobre la percepción de la inseguridad en su mundo de vida, la palabra “miedo” apareció explícitamente en treinta y cuatro ocasiones, y otras muchas “inseguridad”, “asustar”, “terror”, “pavor” y sus variantes. La vida de los jóvenes está inundada de miedo; son el espejo de quienes les rodeamos en su mundo de vida y de la sociedad en la que viven.

¿Cómo son nuestras relaciones sociales y nuestras prácticas en las que este sentimiento encuentra su caldo de cultivo? Dirá Delumeau en su obra clásica sobre el miedo en Occidente que no hay guerra, ni violencia, sin un ‘otro’ amenazante.¹¹ La amenaza se transforma en una sensación de inseguridad ante ese “otro” que desata el miedo.¹² La amenaza, en este México de hoy, se centra, desde la experiencia del ciudadano de a pie, en el delincuente y, más recientemente, en los cuerpos de seguridad del Estado, algo que no sucedía años atrás, al menos con las Fuerzas Armadas, que estaban entre las instituciones más respetadas. En relación con esto dice un joven: “No sabes ni qué te puedes encontrar en la calle, ahí andas con esa incertidumbre”,¹³ pero ese miedo está cimentado en experiencias reales y cercanas, secuestros (“a mi hermano lo secuestraron

por un día”, “A uno de mis hijos lo trajeron encañonado en un carro como cinco horas”), asaltos (“llevaban cada uno una navaja... y a una de las chicas sí le rasgaron parte del vientre porque se movió cuando le pusieron la navaja”), agresiones físicas (“Cuando me pegaron dice que me le quedé viendo, que le barrí con la mirada. Yo no entendía... luego te das cuenta de que traen otro concepto”), y asesinatos (“ahí, donde vivo, hace como un año asesinaron a 11 jóvenes a las 12 del día, a todos les dieron tiro de gracia”, “yo no lo vi en el periódico, yo lo vi realmente. Estuve trabajando en Michoacán hace tres años y medio y me tocó ver a un descabezado literal... No da miedo, da terror”).¹⁴ En relación con la policía uno de ellos señala: “A pesar de que conoces el espacio, hay una presión ahí de la policía. Ahora veo a muchos policías en todos lados y más que te causen seguridad te causan inseguridad porque los ves con su escudo, con su equipo, como para golpearte”.

En una sociedad en la que el 80% de la población es pobre, la amenaza está altamente asociada con este sector, pobres serán los actores centrales de la guerra: quienes ingresan a las filas del crimen organizado buscando una forma de subsistir, quienes ingresan a la policía y a las Fuerzas Armadas con el mismo fin, y la población que vive en medio de la guerra. El ‘otro’ amenazante –real o potencial- siempre es pobre, joven, o indígena y peor aún si se expresa políticamente. Es decir, hay una amenaza percibida desde lo concreto de la población y una amenaza estereotipada desde el poder, que van coincidiendo. La forma de enfrentar al crimen organizado, y en particular al narcotráfico, ha sido estrictamente militar sin que exista una política social que ofrezcan otras oportunidades a los sectores pauperizados. Además, la tipificación de la delincuencia invisibiliza las causas socioeconómicas de la pobreza.

El miedo va rompiendo el tejido social y atomizándonos, nos hace sentir desconfiados y vulnerables:

[...] recuerdo que sí tenía mucho miedo, mucho miedo, todo el tiempo estaba volteando [...] a todo el mundo le veía cara de que me quería asaltar, la cara de estos tipos la veía en todos los muchachos que veía en el camino y ese miedo me duró meses. Recuerdo que salía de la universidad corriendo y me iba rapidísimo [...] oía un ruido y sentía miedo, me dejaron un miedo muy fuerte.¹⁵

La fragmentación social acompaña a la violencia y va abonando el

sentimiento de inseguridad en tanto la persona cada vez se siente más sola y aislada. La brutalidad de la violencia avasalla al tiempo que las instituciones ni siquiera están presentes como referente de seguridad. El ciudadano, abandonado con sus propios recursos, siente “impotencia y frustración, desesperanza hacia lo que tienes, hacia lo que te rodea, hacia la gente misma. ¿En quién confío?...”; “Yo no entendía” es una frase asociada a varios relatos, unos en relación con el agresor y otros en relación con las instituciones: “fuimos a dar a la Delegación [tras haber sido golpeado] y al final esa persona salió libre... se voltearon los papeles. Como joven dijeron que yo era el desmadroso, que estaba en una edad violenta y no era así”.¹⁶ El descrédito del Estado aparece reiteradamente en la voz de los jóvenes asociado a la corrupción y robo del erario público, y, en la misma medida se desconfía de la llamada guerra contra el narcotráfico: “es algo que ha creado el propio Estado porque saben que están coludidos con ellos... La idea que generó el Estado de que está peleando contra el narco pues no es cierto, es una batalla que estamos teniendo pero por intereses”,¹⁷ y alguien más agrega que hay un “discurso oculto” que se expresa en la realidad y contradice el discurso oficial:

[...] el Estado no desconoce lo que hay [...] estos grupitos segmentados del crimen organizado que dañan, que te pueden secuestrar o que te pidan extorsión. Simplemente que se queden en la zona y ya te sabes vulnerable porque nos pueden llegar a atacar [...] pero esto de que la guerra contra el narcotráfico ha disminuido, yo creo que se ve más bien en las calles, donde tienes acceso a cualquier cosa.¹⁸

Los abusos y denuncias contra la policía y Fuerzas Armadas en estas acciones han crecido.

El enojo es otra emoción, relacionada con las anteriores, que desata una explosión de contradicciones:

Cada vez que me ha pasado alguna circunstancia de violencia conmigo o con algún familiar, o alguien cercano que yo aprecio, ha nacido un rencor ante la sociedad [alguien más asiente] y va contra mí, con cómo me estoy formando [...] va uno por la calle, y de repente ya no sabes cómo actuar, o no como actuar sino como vivir, porque vas a la defensiva, con inseguridad y odiando a la misma vez a la gente [...] y te formas como una persona muy individualista [otra persona asiente]... a mí sí me ha creado esta parte de indiferencia hacia las problemáticas sociales.¹⁹

La persona se da cuenta de que la violencia destruye parte de sus

referentes y valores, es decir, es doblemente violentada. Por un lado, esta violencia; por otro, los discursos sobre la necesidad de la guerra; y unas instituciones políticas y de seguridad abatidas por la corrupción y el descrédito, hacen que la ciudadanía pierda sus parámetros de ubicación, quedando a la deriva, sola, confundida, sintiéndose indefensa y sin perspectiva de cambio social. El cambio social y personal, como plantea una de las jóvenes, produce inseguridad. Como muy bien identifica otro, “el individualismo se alimenta con miedo”; un nutriente mucho más eficiente que el consumismo.

La percepción sobre el espacio público se deteriora (“Ya no sabes en qué lugar puedes estar seguro”) y el espacio es el territorio donde se realizan las relaciones sociales; si el espacio público desaparece, éstas se fragmentan. El espacio público se percibe como “sustraído”, “privatizado”, en palabras de los jóvenes, y eso va impulsando al sujeto a su mundo de vida privada:

Ahora un espacio público, como un parque o algún otro, ya no es como antes, un lugar donde podías entablar una relación con otra persona. Ahora, estos espacios se empiezan a privatizar [...]es una presión para nosotros los jóvenes [...] a pesar de que tengo un previo conocimiento del espacio, existen presiones como es la violencia; violencia en todos los aspectos.²⁰

En varios de los relatos de los jóvenes se mencionan los lugares a los que se ha dejado de ir tras una mala experiencia porque el lugar se ve como el territorio del ‘otro’. Es el mismo fenómeno que sucede a nivel nacional, primero era el norte, un lugar lejano, luego fue el sur que también se percibía como un lugar lejano y después la frontera territorial va haciéndose más pequeña hasta construir esta idea-ficción del Distrito Federal como una de los lugares más seguros del país. Los jóvenes asocian los espacios no conocidos con inseguridad, sin embargo, cuando aparece el tema de la violencia en el mismo entorno en el que se vive, surge una nueva dimensión de la fragmentación espacial-relacional: “no tanto lo nuevo sino perder lo rutinario, nuestra cotidianidad... [cuando conocemos algún hecho violento en la zona] Nos desarraigamos de donde vivimos y ya no queremos salir ni a la esquina de nuestra casa”.²¹

La casa y la familia es la única referencia que aparece entre los jóvenes como referente de seguridad. El afuera es sólo un espacio de tránsito, es

el riesgo. En tanto la familia es el espacio más valorado, la posibilidad de agresión o daño a sus miembros produce mucho miedo y así aparece también el miedo último de esta cultura de guerra, el miedo al daño corporal y a la muerte, del que más tarde hablaremos.

La muerte de los seres queridos [...] las figuras que de cierta forma te apoyas para sentirte seguro en algún momento. Un espacio donde tú regresas y te sientes seguro es tu casa, con tu familia. Y, sí, cuando experimentas la pérdida de esto, a mí eso me causa una inseguridad ante mi vida grandísima [...] Entonces, de cierta manera, te ves desprendido de ahí y ahora te tienes que enfrentar con lo que de ahí aprendiste ahí afuera.²²

La ciudad es un campo plagado de símbolos del miedo como las vallas de protección o los dispositivos de seguridad de las viviendas. El sujeto no sólo se aísla físicamente sino social y afectivamente de los otros que le rodean. La casa y la familia simbolizan el nido-prisión que refuerza la fragmentación y el control social.

La importancia del mundo privado y de la familia como ámbito de seguridad es una expresión más de la retirada de las funciones sociales del Estado neoliberal que dejó al sujeto en la indefensión, no sólo de seguridad pública sino también social.

Yo tengo miedo a la vejez, es como inseguridad al futuro porque no sé qué vaya a ser, si voy a tener un trabajo... Esa parte de la cuestión económica es una inseguridad que sí nos hace pensar de qué vamos a vivir, qué vamos a comer, qué va a pasar con nosotros el día de mañana que ya no podamos trabajar... esa parte sí da miedo" [y alguien más precisa] "desafortunadamente nada se mueve sin dinero, hay que pagar servicios, no nos podemos salir de este sistema; no puedo dejar de pagar la luz, el teléfono, el gas. Esa es una de mis inseguridades más fuertes. Yo creo que es algo muy común los miedos que nos puede provocar el hecho de no tener dinero.²³

Es decir, el miedo en esta cultura de guerra se cimenta en todos los otros miedos gestados décadas atrás con la violencia social de las políticas de ajuste: a perder el trabajo, la vivienda, la salud, la educación y demás derechos sociales. A estos miedos, le siguió el miedo a la delincuencia que fue creciendo con la exclusión social. La guerra será el escenario último, el de los excesos de la violencia en todas sus formas, incluido el daño corporal y la pérdida de la vida: "influye mucho esto de la guerra contra el narco porque creo que de ahí se desprenden muchas

violencias... la gente va siendo afectada, si ya no tengo chance de extorsionar aquí pues vamos a extorsionar a otro lado".²⁴ Y durante todo el tiempo, la violencia se reproduce al interior del medio familiar que es al mismo tiempo percibido como espacio de protección por la brutalidad de la violencia en el exterior.

El futuro²⁵ da miedo y no sólo a los jóvenes; el tiempo necesario para proyectarnos como personas y como grupo social es colonizado desde la dominación y nos cuesta mucho esfuerzo pensar en el cambio social que, como ya vimos, da miedo. La espiral del miedo entra al sujeto y sale nuevamente de él hacia su medio, a la par que es un reflejo de su sociedad: "esa inseguridad la traigo conmigo todos los días, desde cómo te haces presente en cada espacio donde estás, con las personas, con tus relaciones, puede ser con alguien que conozcas o que no conozcas... esa inseguridad yo la veo más interiorizada a raíz de todos estos factores que vivimos y que nos han inculcado".²⁶

Ante tal sobre-exposición a la violencia e indefensión, el sujeto construye una narrativa que desdibuja lo real para tratar de auto-restituir sus seguridades. Ocupa expresiones como "algo habrá hecho", "en algo andaría", cuando conoce un hecho violento cercano que lo atemoriza. De esta manera, se pone a salvo y toma distancia ante lo inmediato. Conocer la existencia de *falsos positivos*, o pensar que puede ser sacado de su propia casa, produce un miedo irrefrenable. En otras ocasiones, su narración trata de restarle importancia a lo que acontece e incluso, bromean con ello: "a mi hermano una vez lo secuestraron por un día pero eso, nada más [los demás ríen y remedan '¡aha, eso nada más!']".²⁷ Como muy bien plantea uno de los jóvenes, esta forma de elaborar una narrativa de la violencia y la guerra, se queda en la superficie, sólo registra discursivamente el hecho pero no permite procesarlo y darle un sentido:

hasta cierto punto también se vuelve morboso conocer las formas de violencia... hace como un año asesinaron en mi rumbo a 11 jóvenes a las 12 del día, a todos les dieron tiro de gracia y más que a la gente les preocupara el lugar tan violento donde estamos, preguntaban '¿qué hicieron?', '¿de dónde eran?'. Entonces, sí se naturaliza [la violencia] pero en una forma como de morbo".²⁸

Hay una sensación de placer-repulsión ante esa sobre-exposición (real

y mediática) a la violencia.

Por otro lado, ante los excesos de violencia en esta guerra y cuanto más cercano es el hecho violento, también se autoimpone el silencio. En la mayoría de los casos, no se habla, ni entre los amigos ni con la familia:

En mi casa no hablamos de eso. Muchas veces piensas que si no lo volteas a ver no existe porque no está ahí directamente y así de cierta manera te sientes más segura; prefiero no saberlo y entonces no existe. Lo más que llega a suceder es que si vemos alguna noticia de que lo mataron el mayor comentario es 'tú da lo que tengas... no arriesgues tu vida'... pero hasta ahí. Aventarnos una plática extensa sobre *eso*, pues no". [Alguien agregó:] "si hablas de *ello* te va dando cada vez más miedo, como ahora que estamos hablando".²⁹

El "diálogo con el miedo", del que habla Delumeau, es, desde nuestra perspectiva, lo que hay detrás del silencio, lo que no se comunica y el sujeto afronta interna e individualmente, solo. Cuando eso ya no sucede en Michoacán, o en Juárez, o en Guerrero, sino en el propio barrio, entonces dejamos de hablar de *ello*.

En nuestro último intento por acallar la violencia-guerra; la convertimos en tabú, *eso*, *ello*, sin nombre siquiera. Pareciera que no se habla para no invocarla.

Mientras tanto, los medios de difusión nos someten a una sobreexposición violenta de la violencia. Las imágenes explícitas de la violencia en el mundo y en el país,³⁰ el lenguaje invadido de códigos de guerra;³¹ una narración visual y oral que convierte la guerra en espectáculo. Es, como dirá Clemencia Castro: la fiesta de la muerte,³² porque la guerra es en sí misma exceso, derroche y ostentación.

Creo que sí influye mucho la forma en que los medios de comunicación difunden el tema de la violencia, es tan explícito... que empezamos a naturalizar la violencia, la vemos tan normal que ya no nos sorprende ver en la primera plana del periódico a un descabezado, por ejemplo, o ver a una persona en la esquina que quiere hacer algo... impacta en mi vida personal enfrentándose [no usa la primera persona] a esa violencia, desde que salgo de mi casa para acá pues yo sé que puedo encontrarme a una persona que me puede hacer daño.³³

Alguien agrega:

[...] en gran medida va por la parte del amarillismo, no es el hecho de que le hayan

quitado la cabeza sino '¿por qué se la quitaron?', pero pensamos 'mientras no me pase a mí y no le pase a mi familia', lo ves como chisme. Parece que es parte de la vida cotidiana, ver estos ciclos de violencia, pero cuando ya te toca entonces ves que no debería ser parte de lo común.

Somos receptores de las imágenes y los rostros de la violencia así como de una narrativa ajena-fabricada por terceros desde la que nombramos nuestra realidad.

Sí, estamos bien invadidos y los medios nos imponen un miedo, no sé por qué lo hacen. Yo me he hecho esas preguntas, ¿por qué tanto ponen eso? ¿En la portada?, cuando pueden haber otros problemas... Por eso unos los evitamos, a otros les provoca morbo.³⁴

Alguien agrega, "o estrés" y otro se suma y dice "Es que causa pavor". Los medios de comunicación y la creciente propaganda gubernamental construyen una narrativa dualizadora que simplifica la realidad: amigos y enemigos, buenos y malos, "nosotros" y los "otros".³⁵ En el escenario, entre los salvadores y los enemigos, aparece un tercero, las "víctimas colaterales"; esa población civil que cae, o es susceptible de caer, en toda guerra contrainsurgente. Desde la teoría de la elección racional es el mal menor que hay que aceptar, es también guerra preventiva.

La cuantificación de la muerte está asociada a la cosificación y naturalización de la guerra. La muerte homogeneiza y no diferencia entre delincuentes, militares, disidentes, civiles. ¿Quién elabora el conteo? ¿Cómo se realiza? El secretismo es también parte de la cultura de guerra. En parte, los actores armados tienen una narrativa y hasta un ritual de despedida, pero los "otros", en su mayoría víctimas, dejan de tener historias, vidas, rostros, anhelos. Son simplemente cuerpos sin vida que yacen en fosas clandestinas o desaparecidos que vagan como fantasmas, despojados de su humanidad.

EL SENTIMIENTO DEL MIEDO Y SU INTERIORIZACIÓN: LA IMPORTANCIA DE LA CORPORALIDAD

A medida que la guerra se intensifica, rápidamente hemos pasado del miedo a la pérdida de las posesiones al miedo mayor y más profundo: el de a ser lesionados corporalmente e incluso de perder la vida. La institucionalización de la llamada guerra contra el terrorismo y el

narcotráfico, tanto en EUA como en América Latina -especialmente Colombia y México-, focalizó el miedo en la pérdida de la vida; éste es el miedo más ancestral del ser humano y el que le hace sentir más vulnerable. Detrás de este miedo corporal está en último término el miedo a la muerte.³⁶ Como dice Castro,³⁷ la guerra transgrede lo “sacro de la vida” al colocar en el centro de nuestros valores y prácticas sociales la violencia y desplazar la ética de lo humano. El miedo es así un regulador de la vida social cuando lo imprevisible puede suceder cada día y proceder de actores tan dispares como narcotraficantes, paramilitares, ejército o policía.

Aunque, sin duda, el sentir sobre el cuerpo cobra miradas distintas desde los actores armados y no armados de la guerra. En “El cuerpo en la guerra”, Clemencia Castro plantea cómo el cuerpo es percibido por parte de quienes están armados: “En la guerra el cuerpo no es pensado ni sentido, no se advierte su fisonomía cambiante... No se repara en su forma, no hay fácil ocasión para mirarlo, pero sí para su espectáculo, que contrasta con su valor superfluo y olvido”.³⁸ Sin embargo, desde nuestra perspectiva, el cuerpo de la población no armada es un cuerpo que aspira a pasar desapercibido, invisible, fantasmal, ante el temor de que le suceda cualquier cosa, en cualquier momento, en cualquier lugar, como vimos en el apartado anterior. En México, en varios estados del país, los relatos sobre balas perdidas de fuegos cruzados, levantones y asaltos son una constante a la que se suman los excesos de las propias instituciones, como las muertes en puestos de revisión militar, por ejemplo. El cuerpo sólo desea evitar ser maltratado, evitar el dolor y cuidar la vida. Todo el tiempo lo sentimos en nuestra experiencia cotidiana, así sea inconscientemente, y vivimos construyendo nuestras propias medidas de seguridad para protegerlo:

[Trato de] evitar ciertas cosas, soy muy precavida. Fijarte por dónde vas, si ves que alguien te viene siguiendo le dejas que pase, a dónde andas, a qué horas [...] porque a mí sí me da mucho miedo [...] uno no se pone a pensar qué vas a hacer si en un momento dado te secuestran, si te quieren robar y te ponen una navaja.³⁹

Así, vivimos ritualizando esa protección, desde no llevar nada llamativo pero sí lo mínimo para “cooperar” si hay un asalto, seguir ciertas rutas por dónde caminamos, evitar otras rutas de carretera, no salir por la noche en muchas ciudades y pueblos, etcétera. En este Estado

de desprotección permanente, el sujeto se hace cargo de sí mismo, una muestra más de la llamada co-responsabilidad que difundió la ideología neoliberal; igual que nos socializaron para hacernos cargo de nuestra salud, educación, vejez y demás, porque había que colaborar con el Estado, ahora además, nos toca hacernos responsables de nuestra seguridad y cuidado. Son recurrentes las expresiones que usamos de forma muy crítica hacia nosotros mismos cuando somos víctimas de violencia (“me apendejé”, “estaba muy cansado y no les vi”, “me confié”, “ya estaba oscuro”, “sabía que esa zona es complicada”, “se puso nerviosa y por eso la hirieron” .40

El cuerpo es el lugar donde habita el miedo, experimentamos corporalmente el miedo y al cuerpo se dirigen las acciones y mensajes de los actores de la guerra, cuyos principales destinatarios serán los mal llamados espectadores, la población no armada que intenta seguir siendo ciudadanía. Como dice Elsa Blair, recuperando a Marc Augé, “el cuerpo es superficie de inscripción, emisor, portador y transmisor de signos” .41 Es el único espacio propio que habitamos, que tenemos y que nos queda en esta sociedad que nos despoja de todo. Si bien las emociones y sentimientos ocurren todos en el cuerpo, en este espacio físico que habitamos, parece que el miedo es un sentimiento del que nos percatamos con mayor facilidad que de otros porque es nuestra alerta de vida ancestral ante los riesgos; notamos como el cuerpo se contrae o se tensa, e incluso se paraliza, la respiración se agita y la adrenalina corre por nuestra geografía. En tanto el cuerpo es espacio de vida, el único espacio de vida con que contamos cada uno de nosotros, ver ese otro cuerpo trizado, roto, ensangrentado, nos sobrecoge, porque así es el dolor y la muerte; nos proyecta ante nuestra propia vulnerabilidad, nos sabemos –aunque no sea conscientemente– “potenciales” bajas colaterales de esta guerra preventiva .42

El cuerpo pasa a ser un territorio de violencia-guerra y un símbolo a tatuar a través del miedo, así el mensaje llega para el sujeto-objeto de la violencia y también para quien la presencia o sabe de ella, la potencial víctima. El mensaje llega a todos y es efectivo. La representación del cuerpo y la relación con él, es una construcción social y cultural, como señala Le Breton; 43 es, en este sentido, una expresión de la sociedad en la que vivimos.

El cuerpo del otro es un territorio sobre el que expandirse y ejercer el poder. La violencia y la cultura de guerra destruyen el límite de la frontera con el cuerpo del otro, que también es un límite de seguridad porque es el espacio que no debe ser invadido. Incluso, en culturas como la latina, en las que el contacto corporal es mucho más permisivo, hay un límite frente al otro, más aún si es desconocido. Traspasar esa frontera es invadir la intimidad, el mundo de vida del otro, y esto es lo que sucede en las experiencias de violencia urbana cotidiana. Las sensaciones de vulnerabilidad ante la agresión corporal recogidas en el grupo de discusión plantean este tema de la invasión: “Entre más grande la agresión es más grande tu sentimiento de enojo y de miedo. Porque si te bolsean, ni cuenta te diste, te enojas pero ya pasó. Pero cuando es una agresión...”. Otra agrega: “cuando te sientes invadido es muy diferente” y alguien más asiente y precisa “cuando sabes que puedes ser tocado... porque aparte te tocan, te agreden pero invaden ese espacio y te tocan. Es muy diferente a que tomen el objeto... esto de que sabes que te pueden tocar en el momento que quieren e imponer sobre ti una acción, eso sí te vuelve muy vulnerable”.⁴⁴ Cuando pasamos a la violencia en mayor escala de los cárteles o de los cuerpos de seguridad, el tema cobra aún mayor fuerza.

En el caso de México, las formas de violencia conocidas a lo largo del país dan cuenta de la brutalidad del daño corporal y de la centralidad del cuerpo en la contienda: degollados, despellejados, descuartizados, diluidos en ácido, cremados, etcétera. Situaciones que, además, son repetidas hasta el cansancio en la primera plana de prensa, en revistas, y en las redes, además de la televisión. La cultura de guerra “implica la hazaña que se regodea en el cuerpo... el semejante pierde su posibilidad de existencia, adquiere el status de objeto degradado”.⁴⁵ Y, sin embargo, esa representación y papel del cuerpo se diferencia dependiendo del tipo de actor que se es en la guerra, combatiente o no combatiente, víctima o victimario. En el espectáculo de la guerra, el sufrimiento del cuerpo y el dolor forman parte de la escena que requiere de un tercero que la presencia. No sólo los medios realizan esta labor sino que está en el escenario mismo de la guerra. Son muchos los ejemplos, desde los relatos que podemos leer en la revista Proceso sobre distintos Estados de la república hasta los relatos de Mireles⁴⁶ sobre la brutalidad de

ejecuciones con tortura pública en Michoacán, a la luz del día en la plaza de un pueblo donde los habitantes son obligados a presenciar los hechos, o los más recientes acontecimientos en Ayotzinapa (Guerrero).

El espectáculo⁴⁷ requiere un espectador que se sumerge en la dicotomía de ser la siguiente posible víctima o el posible victimario; la otra opción es convertirse en desplazado, con lo que esto conlleva. En este contexto, el horror de la narración es tan apabullante que no deja horizonte posible de transformación. No se trata solo del daño sino de la crueldad que se muestra y se masifica, y que se pone en práctica por parte de los distintos actores armados, desde los cárteles, pasando por los cuerpos de seguridad del Estado, hasta la delincuencia urbana cotidiana. En este nivel, que es el más inmediato, alguien puede matar a una persona por no tener más que unas monedas, o empujarlo de un transporte en marcha porque el celular que le está robando es muy viejo, etcétera. La gente asume que “si no tienes, te va peor”. La crueldad tiene un sentido en el mensaje que se construye y, matizando lo que plantean algunos enfoques,⁴⁸ no es inútil para el productor de violencia sino que responde a los propósitos de parálisis del sujeto y control masivo de poblaciones y sus territorios. Su impacto, a través de la generación del miedo, resulta altamente eficiente en la re-socialización a la que somos sometidos, con valores, roles y representaciones propios de una cultura de guerra.

El sentir es acostumbrado a experimentar sólo el miedo, la desgracia, lo oscuro, el sufrimiento. Esta emoción nutre la desesperanza que emana de los sentimientos de frustración, abandono y soledad que derivan de la destrucción de lo social y de la violencia social en sí, como ya vimos. Para los actores no armados, el cuerpo del otro violentado le proyecta ante la posibilidad de ser uno mismo o un ser cercano y querido. El dolor y la muerte nos sobrecogen mientras el sentimiento del miedo nos va tatuando por dentro. La fuerza de la interiorización⁴⁹ a través del miedo está relacionada con este sentir corporal que nos tatúa por dentro.

El cuerpo es el espacio que tenemos para ser, es el espacio de nuestra historia, el medio para relacionarnos con los otros y el territorio de nuestra memoria. Es decir, es el lugar de nuestra identidad personal y social. Cuando destruimos el cuerpo del otro o cuando lo dañamos

estamos desdibujando su trayectoria, su vida toda. Es una invasión y colonización del futuro de ese otro, en caso de que sobreviva, y de los otros que sabrán del hecho. En el caso de Julio César Mondragón Santos, quien fue desollado vivo en los hechos recientes de Ayotzinapa (Guerrero), en los que además fueron desaparecidos 43 jóvenes de la normal rural, la brutalidad de su asesinato expresa esta concepción del cuerpo en la guerra: “El cuerpo no fue ocultado sino expuesto, abandonado en una calle de Iguala, arrancado el rostro, extraídos los ojos. Pronto esta imagen comenzó a circular en las redes sociales; alguien - no sabemos quien- le tomó una fotografía que pronto se hizo pública. El mensaje fue enviado”.⁵⁰ Es decir, como sostiene la autora, la forma del crimen está hecha para ser mostrada y enviar un mensaje de miedo, terror y desmovilización. La crueldad del hecho expresa la ruptura de todos los códigos éticos, hasta llegar a la destrucción no sólo del cuerpo del otro sino de su propia identidad. Despojar a una persona del rostro es despojarle de su ser, de sus referencias, arrancarle sus señas de identidad y su historia, condenarle a la nada. Es el “embeleso del poder”.⁵¹ El mensaje no tiene como destinatario a la persona asesinada sino a los otros, en un amplio espectro social, a los que se pretende re-socializar en el sentir del miedo, del dolor, de la parálisis social. Los códigos de la contrainsurgencia se revelan en la forma, en la intención, en el mensaje. ¿Cómo se aprenden estas técnicas de la crueldad? ¿Quién la enseña?

En esta cultura de guerra que usa el cuerpo como instrumento, se produce también una apropiación de la memoria de los otros, se reescriben sus historias y se desdibuja su identidad. La situación de los falsos positivos en Colombia y en México es un ejemplo de ello. El caso de Jorge Antonio Mercado y Javier Francisco Arredondo, estudiantes de maestría del Tecnológico de Monterrey (México), una institución educativa privada a la que acuden sectores acomodados del país, destapó la existencia de este tipo de prácticas en México. Los jóvenes fueron asesinados en el campus en un enfrentamiento entre militares y una organización de delincuentes, después “los militares de la Unidad Néctar Urbano 4 les colocaron armas de grueso calibre para hacerlos pasar como delincuentes y manipularon la escena del crimen, según informó la Comisión Nacional de los Derechos Humanos en su [recomendación 045/2010](#)”.⁵² Los medios de comunicación hicieron eco de la historia, de

jóvenes universitarios que fueron convertidos en delincuentes y criminalizados, no sólo la violencia les dio muerte sino que además fueron violentados tras su muerte, envilecida su historia, maltratados e injuriados.

La muerte cobra distinto sentido y significado para los actores armados y no armados de la guerra. Los primeros pueden construir una conexión de sentido en la muerte de sus pares o en su propia muerte, son formados como “guerreros” y adquieren una formación en la que se exaltan los valores de la guerra, sea en las instituciones de seguridad y defensa o en las organizaciones criminales. Aunque los fines sean muy distintos, hay un sentido del dolor y de la muerte. Se participa en un ritual de despedida en el que se es reconocido por el colectivo, lo que permite trascender. Sin embargo, los actores no armados y despolitizados enfrentan la muerte desde el sinsentido – “la bala perdida”, “el lugar no adecuado” –. En este caso, la pérdida del familiar, o su propio daño les condenan al vacío donde sólo habita el dolor, la indefensión y el potencial riesgo que puede representar para cualquiera, para todos.

La situación de los desaparecidos es aún peor; los familiares y amigos ni siquiera tienen el cuerpo del ser querido, se les arrebató la posibilidad de realizar el ritual de despedida, se les niega el lugar del enterramiento, el lugar al que regresar. El desasosiego se instala en su vida, que es un deambular fantasmal como el del propio desaparecido.

Las armas son también un símbolo de la diferente condición de los actores. Aquellos que están armados cuentan con una protección ante el riesgo que, a la vez, es una expresión de poder. Los no armados exponen el cuerpo todo el tiempo en medio de la inseguridad, a la que suman todas las otras inseguridades de su mundo social. Otros símbolos forman parte de esta cultura, desde la estética de la ropa de camuflaje, que se ha puesto de moda, hasta las representaciones en los juegos electrónicos para niños y jóvenes, o las películas que inundan el mercado, muchas estadounidenses, en las que se naturaliza la violencia del cuerpo, la guerra y de la muerte. La propia estética y música del narcotráfico que atrae y asusta es parte de esta banalización de la violencia. El espectáculo de la guerra alimenta la confusión entre la realidad y la ficción.

La violencia contra el cuerpo femenino tiene siempre tintes sexuales,

llegando a ejercer el poder sobre lo más íntimo de la persona. Los casos de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, pero también en la frontera sur y en el Estado de México, son una muestra de cómo opera la delincuencia. Sin embargo, esta misma violencia se expresa institucionalmente como en el caso de la acción de la policía en San Salvador Atenco.⁵³ Al machismo cultural se superpone el dominio del poder en la guerra. En la vida cotidiana, además, la educación de género, en la familia y en la escuela, reforzará el circuito protección-miedo. Como plantea una joven hay una diferencia entre educarnos en el cuidado o en el miedo:

[Una joven habla de cómo ella y su hermana no salen casi y van de la casa a la escuela o a la tiendita pero su hermano anda por todas partes y cuenta cosas que ni se hubieran imaginado que pasan en su Colonia] Lo que te inculcan no es lo mismo que a los hombres. Siempre a nosotras nos inculcan más precaución para salir, a qué, con quién, cómo, adónde... Hay cosas que ni siquiera se las mencionan a ellos porque los papás sienten que no tienen ese riesgo. Lo que nos inculcan las madres es el miedo, no es tanto que te cuides... 'si te comportas de tal o cual manera te puede pasar algo'.⁵⁴

Así, lo real de la violencia de género se combina con la educación en el miedo que tendrá los consabidos efectos sobre el éxito para el control social.

Las marcas sobre los cuerpos aspiran al sometimiento para hacer del cuerpo un "cuerpo dócil", como dirá Foucault.⁵⁵ El control y la dominación que se ejerce con este fin aspiran al control social de los sujetos, en función del territorio, de sus riquezas, de su potencial de autonomía ante el poder total que se trata de imponer. Si esta intencionalidad procede de las instituciones de seguridad o de los grupos ilegales, sin embargo tiene el mismo efecto, conduce al enajenamiento del espacio público y, por tanto, al control político de éste. El dolor, la muerte y el miedo, derivan en la muerte del ciudadano, en ese cuerpo y esa mente que se paralizan, aíslan y silencian, en cuerpo-mente que se desvanece del mundo público y queda invisibilizado. El caos, la violencia y la guerra impulsan la formación de ciudadanos dóciles funcionales al orden político dominante. Las instituciones de seguridad, así como las instituciones políticas, con que contaba el ciudadano van siendo horadadas por la guerra y sus excesos, de los que es parte la corrupción y

falta de transparencia sobre las decisiones públicas en nombre de la seguridad y de la emergencia de las crisis.

Es necesario recordar que esta violencia sobre el cuerpo del otro (enemigo o potencial enemigo) que llega a su aniquilación, tiene ya un largo recorrido que precede a la parte armada —la más reciente— de esta guerra. Las políticas de ajuste estructural del neoconservadurismo han condenado a miles al hambre, a la enfermedad, a la muerte por causas solucionables, a la locura, a la autolesión y al suicidio. Igual que la guerra-militar-armada, destruyen el cuerpo biológico, socio-cultural y político del sujeto-persona, le condenan a la ignorancia, al aislamiento, a la indefensión y al dolor. Las políticas de ajuste estructural son políticas de guerra y sus impactos son crímenes de guerra que, como tal, deberán ser enjuiciados algún día.

La norteamericanización de la seguridad es una estrategia de guerra contrainsurgente hacia la que camina el mundo,⁵⁶ aunque con distintas escalas, y no sólo los países que están bajo la influencia de EUA en América Latina. Las condiciones y políticas de seguridad son el espejo de una concepción política y económica centrada en el saqueo y la concentración económica desde el nivel micro-local al internacional.

LA NORTEAMERICANIZACIÓN DE LAS POLÍTICAS DE SEGURIDAD: INSTITUCIONALIZACIÓN DEL MIEDO Y CONTRAINSURGENCIA

El miedo cumple un papel clave en la guerra ideológica y cultural de este tiempo porque es guerra contrainsurgente, esa es la situación que narran las voces del grupo de discusión. Como decíamos al inicio de este trabajo, ésta es la forma en que EUA está enfrentando la disputa por los territorios y sus recursos en su competencia con los otros bloques de poder.⁵⁷ La sensación de incertidumbre e inseguridad ante el “otro” es parte de la estrategia y tiene, como hemos visto, un alto impacto como mecanismo de control social. Tenemos miedo y guardamos silencio, tenemos miedo y nos replegamos a nuestra vida privada, atemorizados.

La penetración del miedo en nuestra vida cotidiana y las prácticas de guerra y contrainsurgencia están enmarcadas en algo que nos puede resultar ajeno y lejano. La concepción general de seguridad y defensa de las políticas de EUA hacia América Latina, ha ido creciendo y se

incorpora a las instituciones y legalidad interna. El hecho es muy evidente en el área de influencia que se extiende desde México hasta Colombia pasando por Centroamérica, e incluso Perú.⁵⁸ Transformación institucional y reformas legales son el complemento imprescindible de esta refundación social basada en la concentración de la riqueza, el despojo y el saqueo. La conflictividad se gestiona a través del control policíaco-militar y de la guerra ideológico-cultural.

Los contenidos de esta transformación ideológico-cultural se reproducen no sólo a través de los medios de comunicación y de la propaganda⁵⁹ –lo que también–, sino desde el entramado institucional en el que nos socializamos⁶⁰ y desde el que reproducimos y recreamos la cultura (la escuela, la familia, el barrio, el trabajo, etcétera). Es decir, en las prácticas sociales en las que construimos nuestros referentes del mundo, en que nos relacionamos, sentimos, nombramos, pensamos, pero también en las que interiorizamos la autocensura.

Estas concepciones de seguridad las encontramos plasmadas en los documentos institucionales de EUA, en los acuerdos generales de las Cumbres en las que participan los países latinoamericanos, en los acuerdos subregionales o binacionales como Plan Colombia, Plan México o el Proyecto Mesoamericano, y en las reformas legales que se han ido implementando a nivel nacional.⁶¹ En todos ellos, se comparte la misma concepción sobre el enemigo y la amenaza, que ahora serán también internos; sobre la guerra como guerra permanente, total, preventiva y multidimensional; y sobre el desdibujamiento de la frontera entre seguridad nacional y seguridad pública, lo que, para el caso de América Latina, se traduce en la participación de las Fuerzas Armadas en tareas de seguridad interior. Todos y cada uno de esos elementos son característicos de la guerra contrainsurgente y, desde luego, no son nuevos en América Latina.⁶²

A partir del fin de la Guerra Fría, el enemigo se redefine como terrorista; es concebido como amenaza letal que hay que erradicar en tanto pone en riesgo las bases mismas de la sociedad (democracia liberal y economía de mercado). La idea del terrorista desideologiza políticamente la idea de enemigo. El carácter difuso de esta definición permite convertir en potencial amenaza a cualquier miembro de la

población, así como sucedió con las primeras estrategias contrainsurgentes en Indochina. El término ha sido usado desde los ochenta como sinónimo de delincuente, narcotraficante, guerrillero, tanto en el lenguaje mediático como gubernamental. Ese carácter difuso aumenta la percepción de inseguridad y miedo, así como la petición a las instituciones para que usen la fuerza y restituyan la seguridad. El enemigo además puede estar en cualquier parte del mundo pero también a la vuelta de la esquina, de manera que intervencionismo y contrainsurgencia caminan de la mano desde un inicio. *El Patriot Act* (2001), autorizó unilateralmente a EUA a intervenir en cualquier parte del mundo ante una amenaza potencial; así se justificó la intervención en Afganistán y en Irak. La intervención en Haití en 2004 tuvo su fundamentación en la *Declaración de Seguridad de las Américas* (2003) y contó, por primera vez en la historia, con la participación militar de varios países de América Latina. A su vez, el golpe de estado en Honduras (2009) se presentó como una intervención en defensa de la democracia haciendo alusión a la *Carta Democrática Interamericana* (2001).⁶³ La guerra contrainsurgente es guerra colonial y de intervención, desde sus inicios hasta hoy; es la herramienta militar e ideológico-cultural del capitalismo de saqueo que tiene como objetivo desestabilizar territorios para hacerse con el control de recursos y de la población.⁶⁴ Los mismos argumentos sirven para militarizar la seguridad pública en las ciudades.

En correspondencia con la amenaza, la guerra contra el enemigo será total, permanente y preventiva. La guerra será por tanto militar, política, económico-financiera, psicológica e ideológico-cultural. Los ejemplos actuales sobran, desde la desestabilización política e intentos de golpe de Estado en Venezuela, hasta la actual guerra financiera contra Argentina y Venezuela, o la fractura y descomposición de países como Colombia y México. La *National Strategy for Combating Terrorism* de EUA (2003) plantea explícitamente: “erradicar el terrorismo donde quiera se encuentre... usando todos los instrumentos de poder nacional: diplomático, económico, de ejecución de la ley, financiero, de información, de inteligencia y militar”. El que la guerra sea permanente establece los niveles de alerta y articulación de las instituciones contra el enemigo, es una guerra sin fin, y el que sea preventiva, implica hacer

frente a la situación antes incluso de que surja. Similares directrices aparecen en la ASPAN, Plan Colombia, Plan México, la Estrategia Regional Andina y en las instituciones continentales de seguridad como Comando Sur, Comando Norte, los Acuerdos Smart Border y los Centros de Fusión de Inteligencia.⁶⁵ Recordemos que, como señalan los manuales de contrainsurgencia del ejército estadounidense más recientes,⁶⁶ la llamada guerra contra el narcotráfico y la delincuencia organizada es guerra contrainsurgente.

En América Latina, la concreción de la guerra contra el terrorismo, se tradujo en guerra contra el narcotráfico –como expresión genérica de la delincuencia organizada– y contra la desestabilización, proceda de la pobreza o del “radicalismo” populista. Si bien hay antecedentes desde fines de los sesenta,⁶⁷ en una muestra más del *continuum* histórico al que hicimos mención, los lineamientos de estas amenazas fueron plasmados más recientemente en el documento de Santa Fe IV (2000). Estas son: terrorismo, narcotráfico, desestabilización, catástrofes naturales, deforestación, migración, pobreza, endeudamiento y “democracias populistas”. Los impactos han sido muchos, algunos mencionados como ejemplo en este apartado, otros en las voces de los jóvenes quienes habitan nuestra ciudad.

Cuando se equipara un problema social con un objetivo militar y se enfrenta con cuerpos institucionales entrenados para generar acciones impactantes entre la población civil y con técnicas especializadas, no solo comienza a naturalizarse la existencia de “bajas colaterales” sino la violencia misma. Es el caso de Centroamérica y la herencia de la guerra que alcanza a las maras, Colombia y los paramilitares adiestrados desde el Estado, o México, donde los conocimientos de los cuerpos de élite se traspasan a las organizaciones delincuenciales.⁶⁸ Este escenario aún se complejiza más cuando la corrupción, estructural, como reconoce el mismo gobierno, en el caso de México, desata una espiral creciente sobre la que cada vez hay menos control.

La legislación se va modificando, no sólo para legalizar, sino para tratar de legitimar las acciones que derivan de esta política de seguridad. Por ejemplo, la concepción de terrorismo que se plasma en la *National Strategy for Homeland Security* (2002) y en la *National Security Strategy*

(2003), establece que puede ser una amenaza, o potencial amenaza, “cualquier” ciudadano estadounidense o extranjero y “cualquier” acto peligroso que coercione al gobierno a través de “cualquier” forma de violencia. Esta concepción es adoptada textualmente en la legislación mexicana⁶⁹ en la reforma del Artículo 139 del Código Penal cuya más reciente reforma es de 2014 y que en 2007 sustituyó el término “seguridad pública” por “seguridad nacional”. Este desdibujamiento de la frontera entre seguridad nacional y seguridad interior es otro elemento característico de la concepción centrada en el enemigo interno y en las amenazas enunciadas anteriormente. Es además, un elemento central para impulsar la militarización de la seguridad pública, sea directamente con la participación de las Fuerzas Armadas en tareas de seguridad interna o con la creación de cuerpos policiales militarizados. El papel subalterno de las Fuerzas Armadas latinoamericanas formó parte desde los ochenta de la concepción de Seguridad Hemisférica de EUA. El resultado de estas políticas es un deterioro y crisis de instituciones centrales para el Estado, como sucede con las Fuerzas Armadas que, en el caso de México pero también en el de otros países de la región, se han visto envueltas en procesos de descrédito y corrupción documentados en prensa. Cuando los cuerpos de seguridad pública son entrenados en objetivos de guerra y no para tratar situaciones sociales, se disparan los riesgos de criminalización de la protesta social y los abusos en las detenciones; se confunde la llamada delincuencia organizada con el delincuente común y éstos con quienes participan de la protesta social.⁷⁰

La obtención de información e inteligencia es otro elemento clave de esta concepción de guerra así como el carácter multidimensional de las amenazas. En la práctica, esto se traduce en un crecimiento de las violaciones de derechos humanos tanto a nivel internacional⁷¹ como nacional, y en una creciente impunidad ante los abusos de los que es víctima la población. “Las torturas son enseñadas y mecanizadas, y se exportan de un país a otro”,⁷² penetran el medio social y acaban como prácticas que rebasan a los cuerpos de élite institucionales y son adoptados masivamente por las organizaciones delincuenciales, como en el caso de México, o los paramilitares, en el caso de Colombia. El rostro arrancado a Julio César en un pequeño pueblo de México no es ajeno a estas concepciones y formaciones a nivel macro que, a menudo, nos

parecen lejanas y ajenas. Las reformas legales de las que hemos hablado han caminado en ese sentido así como los acuerdos de cooperación para el intercambio de información e inteligencia, asesoría jurídica y formación. La *Declaración sobre Seguridad de las Américas*, a la que ya hemos hecho mención, plasmó los acuerdos continentales.⁷³ Comando Norte, ASPAN, Plan Colombia o Plan México contiene estos elementos en sus acuerdos. La existencia de uno de los Centros de Fusión de Inteligencia de EUA en México así como la propia estructura del Centro de Seguridad Nacional en el país responden a esta concepción del intercambio entre aparatos y estructuras.⁷⁴ La conformación de estas estructuras transnacionales y legalizadas de seguridad son una novedad histórica que marcan un cambio cualitativo en la el ejercicio del poder. Una de las implicaciones para la ciudadanía es la pérdida de supervisión y transparencia, creándose espacios cada vez más ajenos y autónomos del poder que ponen en cuestión las instituciones básicas de la democracia formal.⁷⁵ La información se clasifica en nombre de la seguridad y las decisiones se toman en grupos sustraídos del control público por ser asuntos de seguridad. Es el caso recientemente del Acuerdo Transpacífico, por poner sólo un ejemplo.

El discurso del miedo se convierte en la justificación de la acciones a emprender. La incidencia en la subjetividad de la población desde el recurso del miedo, la inseguridad, las necesidades, la frustración e impotencia son parte de las estrategias de control social que se fueron perfeccionando y sistematizando con el paso del tiempo, tanto dentro como fuera de EUA. Es la idea del caos y la seguridad que hay que restituir. El cine, la televisión y demás medios de comunicación son sólo la caja de resonancia de una experiencia más profunda que atraviesa nuestra vida cotidiana, como pudimos ver.

La guerra o, su variante, la desestabilización —que genera descomposiciones del tejido social similares a las de una condición de guerra—, serán la garantía para acceder a los recursos de “otros” territorios. Eso es lo que está detrás de las concepciones de seguridad y de la recomposición ideológica del miedo y la guerra: los recursos estratégicos.⁷⁶

Economía de despojo y saqueo, la violencia cruenta del capitalismo en

todas sus formas, incluida la guerra.

Nuestra mirada sobre el escenario de desestabilización y miedo que se vive en México debería considerar algunos de estos elementos para complejizar los discursos mediáticos y adentrarnos en la reflexión de fenómenos evidentes, pero silenciados, como las transformaciones culturales en un territorio de miedo y guerra. Ese escenario que necesitamos entender para vivir los que aquí vivimos.

ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE LA VIOLENCIA Y LA GUERRA

Las transformaciones neoconservadoras en el México actual, hacen del país un caso de estudio por la velocidad e intensidad del impacto destructivo en muy distintos planos: la destrucción socioeconómica asociada al saqueo; el empobrecimiento masivo de la población al ser uno de los países con mayor nivel de desigualdad y exclusión de América Latina, que constituirá ser reserva de mano de obra inagotable de la que se nutre la delincuencia organizada y los cuerpos de seguridad del Estado; la inserción dependiente del bloque geopolítico liderado por EUA, que se expresa desde la condición de dependencia alimentaria hasta en una legalidad mimetizada con la del vecino del norte, así como en una política de seguridad y defensa ajena y enajenante; la destrucción de una institucionalidad arrasada por las políticas de ajuste y por una de seguridad que asignó a las Fuerzas Armadas un papel subalterno, al inmiscuir las en seguridad pública, lo que ha llevado a la institución más prestigiada del país a enfrentar acusaciones por violación de derechos humanos y, por otro lado, de corrupción vinculada al narcotráfico; la masificación de la violencia y la brutalidad de sus formas en un territorio arrasado por la guerra, el miedo y la desestabilización. Tal escenario, como el de Colombia en su momento, no puede ser entendido al margen de las concepciones de seguridad hemisférica de EUA. ASPAN y Plan Mérida son una expresión del capitalismo de(es) guerra,⁷⁷ del que la guerra contra el narcotráfico es sólo una dimensión, aunque sin duda la más explícita de esta guerra contrainsurgente. Si el resultado de las acciones de EUA en terceros países es destrucción del tejido social, criminalización y violación de los derechos humanos, ¿acaso pensábamos que aquí iba a ser diferente?

Esta guerra nos ha colocado en una situación con consecuencias imprevisibles. Por un lado, crecen los actores armados (ilegales y legales) y, por otro, los grupos del crimen organizado se reproducen cual fractales y se van autonomizando; no tienen jerarquía definida o, aunque la tengan, cuentan con ámbitos de actuación por cuenta propia. Tampoco responden a concepciones ideológicas, como pudo suceder inicialmente en Colombia. Esta situación, en un contexto de pobreza y crisis sin precedentes, es una bomba de tiempo. La formación militar de carácter contrainsurgente irradió a las organizaciones paramilitares y delincuenciales y llega al nivel local. Ahí, en lo microsocioal, la reproducción de la violencia usa el conocimiento de ese otro, “espectador forzado” y/o víctima, de sus relaciones familiares, historia, intereses, etcétera. Es decir, la afectividad del otro es usada como un arma de guerra. Es lo que Veronique Nahoum llama la crueldad por proximidad:

[...] la proximidad entre enemigos pertenecientes al mismo tejido social o nacional permite ese saber sobre el otro, sus costumbres, sus espacios de lo sagrado, sus preferencias, lo que ayuda a la escogencia del suplicio, el más preciso en cuanto a su objetivo. La proximidad afectiva supone un conocimiento aún más profundo de ese otro.⁷⁸

El tejido social será así marcado por odios, resentimientos y venganzas que ya, hoy, están alojadas en el futuro, reproduciendo la guerra de forma crónica. ¿Quién está pensando en eso? si ni siquiera nos atrevemos a mirarnos como un país en guerra, si ni siquiera podemos nombrar el miedo que nos habita, el dolor y las pérdidas. Las secuelas y costos sociales de la guerra, como vimos en la ex-Yugoslavia, en Centroamérica o en Colombia, se extienden por décadas, incorporándose al inconsciente colectivo.

Por ahora, estas rupturas profundas del tejido social, proporcionales a las heridas en que se fundan, fructifican políticamente y son capitalizadas por el conservadurismo. La fragmentación y atomización social, la reclusión en el mundo de vida privado y el miedo que nos paraliza favorecen el control social. Los mecanismos de control social más efectivos se dan en situaciones de guerra, haciendo aún más complejo el escenario si pensamos en un cambio social que es, vitalmente, necesario. Muchos, demandarán el restablecimiento de condiciones de seguridad, aunque ello conlleve aceptar la violencia del

Estado y la militarización creciente; otros, incluso, aceptarán la protección de un grupo del crimen organizado ante otro que opera en el mismo territorio, como si de relación de vasallaje se tratara.

Otros más, se auto-organizan, constituyendo un espectro de altísima heterogeneidad que no deja de ser una muestra del abandono de las instituciones del Estado.⁷⁹

México, es ahora, como lo fue Colombia, un gran cementerio y un territorio de dolor. Los miles de muertos y desaparecidos que conocemos hasta ahora parecen ser sólo la punta del iceberg que comenzó a visualizarse con la Caravana por la Paz con Justicia y Dignidad, en 2011. Los casos son muchos, como los 72 migrantes asesinados en San Fernando (Tamaulipas) por los Zetas, o el pueblo de Allende (Coahuila) donde unas 300 personas desaparecieron y fueron asesinadas también por los Zetas sin que los medios lo dieran a conocer hasta después de varios años. El caso más reciente de los 43 jóvenes desaparecidos en Ayotzinapa (Guerrero) ha marcado un quiebre en esta historia de miedo y silencio. Las movilizaciones públicas pidiendo su aparición son el inicio de un duelo colectivo en el que personas de distintas edades, lugares y condiciones sociales, se dieron el permiso para juntas, sentir, llorar, acompañarse y hacer de su voz una voz con la de otros en demanda de justicia. Esa voz colectiva, grita justicia en cada evento, no sólo por los 43 sino por todos los demás que engrosan la larga lista de esta guerra, justicia también para sí mismos, por el derecho a la vida, a poder caminar por las calles, a expresar su opinión, a tener acceso a la información, a una representación que no sea una pantomima, a un techo, a un trabajo digno que restituya humanidad a quien lo realiza frente a la brutalidad de una explotación que lo condena a trabajar a cambio de miseria. Esa voz de justicia es un grito colectivo de restitución de la propia dignidad para ser tratados como personas y como ciudadanos, es un grito a las instituciones del Estado que dejaron al sujeto abandonado a su suerte y se hicieron cómplices de la impunidad. Estas manifestaciones colectivas están conformadas por los más activos, pero aún, los silentes son la mayoría social, los que aún no se atreven a llorar, a nombrar y a gritar su dolor.

Transformar esa cultura de muerte en una cultura de vida aparece

como una necesidad imperiosa y urgente. Ese cambio cultural requiere, en primer lugar, romper el silencio y re-apropiarnos de nuestra palabra para nombrarnos, para nombrar nuestro mundo, nuestro dolor y nuestras pérdidas, pero también para nombrar nuestro futuro, nuestros sueños y nuestros proyectos, para recuperar un “nosotros” que nos restituya nuestra humanidad, ahora herida.

“Si no tuvieras miedo, ¿qué harías?”

BIBLIOGRAFÍA

Astorga, Luis, “Drug Trafficking in Mexico: A First General Assessment” [en línea]. *Discussion Paper*, núm. 36, MOST-UNESCO, 1999. http://www.unesco.org/most/astorga.htm#_Toc460234111 [Consulta: 2 de febrero de 2012]

Barrera Sánchez, Óscar, “El cuerpo en Marx, Bourdieu y Foucault”, en *Voces y Contexto*, año VI, núm. 11, enero-junio, Universidad Iberoamericana, 2011, pp. 121-137. Disponible en <http://www.iberomx.com/iberoforum/11/pdf/6.%20BARRERA%20VOCES%20Y%20CONTEXTOS%20IBEROFORUM%20NO%202011.pdf> [Consulta: 4 de enero de 2015]

Berger, Peter y Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Madrid, Amorrortu-Munguía, 1986.

Blair, Elsa, “El espectáculo del poder, el sufrimiento y la crueldad”, en *Controversia*, núm. 178, Bogotá, CINEP, 2001.

Casto, María Clemencia, “La guerra: una experiencia sin fin”, en *Revista Colombiana de Psicología*, núm. 15, Universidad Nacional de Colombia, 2006. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80401514> [Consulta: 12 de marzo de 2015]

_____, “Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra”, en *Desde el jardín de Freud*, núm. 2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

Cavalla, Antonio y Chateaux, Jorge, *La geopolítica y el fascismo dependiente*, México, Editorial Casa de Chile en México, 1977.

Centro de Militares para la Democracia Argentina (CEMIDA), *Fuerzas*

- Armadas y Fuerzas de Seguridad y el momento actual*, Argentina, 2001. Disponible en: <http://www.cemida.com.ar/>
- Chomsky, Noam, *10 estrategias de manipulación mediática*, 2010. Disponible en: <http://www.archive.attac.org/attacinfoes/attacinfo569.pdf>
- Ciutat, Morta, Documental, 2013. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Wjwx9DBkYPs>
- CNN México, 19 de marzo, 2011. Disponible en: <http://mexico.cnn.com/nacional/2011/03/19/a-un-ano-de-la-muerte-de-dos-estudiantes-del-tec-de-monterrey>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), *Informe N° 158/11*, 2 noviembre, 2011. Disponible en: <http://www.oas.org/es/cidh/decisiones/2011/MXAD512-08ES.doc-02/22/2012>
- Conversatorio: Dr. Mireles y estudiantes UAM, UNAM y UACM, 2014. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=XVcwn_xiZa1c [Consulta: 8 de diciembre de 2014]
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente. Siglo XVI-XVIII. Una ciudad sitiada*, Madrid, Taurus, 2002.
- Department of de army, Headquarters, *FM 3-24 MCWP 3-33.5 Insurgencies and Countering Insurgencies*, 2014. <https://fas.org/irp/doddir/army/fm3-24.pdf> [Consulta: 10 de marzo de 2015].
- Doctrina Truman, 1947. <http://www.americanrhetoric.com/speeches/harrystrumantrumando> [Consulta: 12 de junio de 2010].
- Doyle, Kate, "La Operación Intercepción: los peligros del unilateralismo", en *Proceso*, núm. 1380, 13 de abril, México, 2003.
- Egremy, Nydia, "Contrainsurgencia para el siglo XXI", en *Contralínea*, núm. 137, 28 junio, México, 2009.
- Fromm, Erick, *El corazón del hombre*, México, FCE, 1966.
- García Méndez, María de Jesús, *Actuamos por "ti" La representación de las Fuerzas Armadas en la propaganda gubernamental transmitida por televisión en el periodo de gobierno de Felipe Calderón Hinojosa*, tesis de Licenciatura

- en Comunicación y Cultura, UACM, 2013.
- Grupo de discusión, *Percepciones sobre inseguridad y miedos de los jóvenes*, Ciudad de México, 2015.
- Herrera Román, Sayuri, “¿Por qué torturaron hasta la muerte al normalista Julio César Mondragón Montes?”, en *El Cotidiano*, núm. 189, enero-febrero, UAM-A, 2015.
- Ibáñez, Jesús, *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- IDMC, *The Global Overview 2014: People Internally Displaced by Conflict and Violence*, Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC), 2014. Disponible en: <http://www.internal-displacement.org/publications/2014/global-overview-2014-people-internally-displaced-by-conflict-and-violence> [Consulta: 2 marzo de 2015].
- Kessler, Gabriel, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Argentina, Siglo XXI, 2009.
- La Jornada*, “Relator de ONU reitera acusaciones de tortura contra México”, 11 de marzo, 2015.
- La Jornada*, “Asesinan militares a un joven y a su padre en NL”, 7 de septiembre, México, 2010.
- Le Breton, David, *Antropología del cuerpo y modernidad*, Argentina, Ediciones Nueva Visión, 2002.
- Moore, Michael, *Capitalismo: una historia de amor*, 2009. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=CvydwaPhvLs>
- Naciones Unidas, “Conclusiones preliminares. Visita a México del Relator Especial de Naciones Unidas sobre la tortura y otros tratos crueles, inhumanos y degradantes, Juan E. Méndez”, 21 de abril al 2 de mayo, 2014. Disponible en: <http://www.ohchr.org/SP/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=14564&LangID=S> [Consulta: 15 de mayo de 2014].
- Nievas, Fabián [comp.], *Arquitectura política del miedo*, Argentina, El Aleph, 2010.
- Otero Prada, Diego, *Experiencias de investigación: las cifras del conflicto*

colombiano, INDEPAZ, Colombia, 2008. Disponible en: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2009/07/Cifras-1964-2007.pdf> [Consulta: 2 de abril de 2015].

Proceso, "Más de 121 mil muertes, el saldo de la narcoguerra de Calderón: INEGI", 30 de julio, México, 2013.

Proceso, Reporte Especial "El país de los desaparecidos", 7 febrero, México, 2015.

Ramos Torres, Ramón, "Discursos sociales del tiempo", Universidad Complutense de Madrid, 2003. Disponible en: <http://www.ucm.es/data/cont/docs/183-2013-05-10-Ram%C3%B3n%20Ramos%20Torre.pdf> [Consulta: 2 noviembre de 2013].

Registros de observación, *Violencia y guerra en nuestra vida cotidiana*, 2012.

Rodríguez Rojas, María José, *La espiral de la militarización política en América Latina: del Proyecto Hemisférico a la dominación neoliberal (México, un caso de estudio ejemplar)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, 2010.

_____, "La centralidad de América Latina en la estrategia de Seguridad Hemisférica de Estados Unidos", en *Estados Unidos más allá de la crisis*, Dídimo Castillo Hernández y Marco A. Gandásegui, hijo, [coords.], México, CLACSO/UAEM/Siglo XXI, 2012.

Selser, Gregorio, *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, México, Colección Archivo Selser, UACM/UNAM, 2010.

Senate Select Committee on Intelligence, "Committee Study of the Central Intelligence Agency's Detention and Interrogation Program", Declassification Revision, December 3, EUA, 2014.

SESNSP, *Cifras de incidencia delictiva 1997-2014*, México, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), 2014. Disponible en: <http://www.secretariadoejecutivosnsp.gob.mx/work/models/Secreta> [Consulta: 4 de abril de 2015].

¹ Desde la concepción de los bloques entre los clásicos de la geopolítica, éste no es sólo una agrupación con intereses geo-económicos; además, comparte una visión político-cultural definida desde su núcleo, el *Heartland*, y una concepción de seguridad y defensa que proyecta sobre su área de influencia, el *Hinterland* (véase Antonio Cavalla y Jorge Chateaux, *La geopolítica y el*

fascismo dependiente. Así, la guerra económica es militar pero también ideológico-cultural. En el caso del bloque que encabeza EUA, la particularidad es que el complejo-militar industrial impone la lógica de guerra como motor de la economía y el miedo al “otro” como condición para justificar una guerra total y permanente, así como sus costos.

² El complemento necesario a esta cartografía estaría conformado por las respuestas desde la geopolítica del sur. Sin embargo, queremos centrarnos en las trayectorias desde la dominación ya que consideramos que en los últimos años hemos subestimado la capacidad y, sobre todo, la necesidad del imperio por intervenir en la región; lo que, desde nuestra perspectiva, es tanto como subestimar la importancia que tienen los recursos estratégicos de América Latina para la competencia interbloques en la que está inmerso EUA.

³ En 2012 se realizó un grupo de discusión con los mismos propósitos. Por razones de espacio, en este trabajo, decidimos no incluir citas del mismo y más bien sirvió como un antecedente en relación con el de 2015. Otras reflexiones y referencia están basadas en la información de registros de observación realizados durante 2012.

⁴ Las cifras que recuperamos para el caso de México son, en algunos apartados como el número de muertos y desaparecidos, superiores a las cifras de la guerra en Colombia donde el cálculo es de entre 91 000 y 96 000 asesinatos vinculados directamente al conflicto para el periodo de 1964-2006 (bien es cierto que el número de homicidios global es de más de 600 000); la cifra de desaparecidos oscila, dependiendo de las distintas fuentes, entre 7 000 y más de 9 000; y hay más de 4 millones de desplazados (Otero Prada, 2008). Para México, los homicidios entre 1997 y 2013 suman 257 121, de acuerdo con los datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP, 2014)

⁵ *Proceso*, “Más de 121 mil muertes, el saldo de la narcoguerra de Calderón: INEGI”.

⁶ SESNSP, *Cifras de incidencia delictiva 1997-2014*.

⁷ *Proceso*, *Reporte Especial “El país de los desaparecidos”*.

⁸ IDMC, *The Global Overview 2014: People Internally Displaced by Conflict and Violence*.

⁹ SESNSP, *op. cit.*

¹⁰ Al inicio de nuestro trabajo presentamos las razones de por qué las experiencias y opiniones de los miembros del grupo de discusión nos parecen representativas de una franja social mayoritaria. Empleamos el término grupo de discusión y no grupo focal recuperando la propuesta metodológica de Jesús Ibáñez (1979).

¹¹ Jean Delumeau, *El miedo en Occidente. Siglo XVI-XVIII. Una ciudad sitiada*.

¹² Véase Gabriel Kessler, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, y Fabián Nievas, [comp.], *Arquitectura política del miedo*.

¹³ Grupo de Discusión, *Percepciones sobre inseguridad y miedos de los jóvenes*.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Sobre la concepción del tiempo social y sus implicaciones, véase el texto de Ramón Ramos Torres, "Discursos sociales del tiempo".

²⁶ Grupo de discusión, *op. cit.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ En pleno siglo XXI hemos asistido a guerras televisadas que no distan mucho de los espectáculos-castigos públicos medievales (Delumeau, 2002), "guerras justas", como las de antaño, ahora también en nombre de la civilización y de su producto de marketing más exitoso, la democracia liberal. Imágenes de los bombardeos de Irak, ejecuciones como la de Hussein, los prisioneros torturados en Abu Ghraib, o los cuerpos descabezados en cualquier parte de México, conviven con el fútbol o la telenovela de moda.

³¹ "narcofosas", "levantones", "patrullajes", "operativos", "falsos positivos", "narcomantas", "balacera", "extorsiones", "desaparecidos" (Véase Registros de observación, *Violencia y guerra en nuestra vida cotidiana*, 2012).

³² María Clemencia Casto, "La guerra: una experiencia sin fin", en *Revista Colombiana de Psicología*, pp. 131-135.

³³ Grupo de Discusión, *op. cit.*, 2015.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ María de Jesús García Méndez, *Actuamos por "ti" La representación de las Fuerzas Armadas en la propaganda gubernamental transmitida por televisión en el periodo de gobierno de Felipe Calderón Hinojosa*, 2013.

³⁶ Erick Fromm, *El corazón del hombre*.

³⁷ María Clemencia Casto, "La guerra: una experiencia sin fin", en *Revista Colombiana de Psicología*, núm. 15, Universidad Nacional de Colombia, 2006.

³⁸ María Clemencia Casto, *op. cit.*, p. 40.

³⁹ Grupo de Discusión, *op. cit.*

⁴⁰ Registros de observación, *Violencia y guerra en nuestra vida cotidiana*.

⁴¹ Elisa Blair, "El espectáculo del poder, el sufrimiento y la crueldad", en *Controversia*, p. 91.

⁴² La concepción de la guerra preventiva pareciera, en cierta forma, estar también en las acciones de los cárteles, donde opera la amenaza del territorio y del otro; en esa ambigüedad de alianzas de cárteles que convierten a unos un día en enemigo y otros en aliado.

⁴³ David Le Breton, *Antropología del cuerpo y modernidad*.

⁴⁴ Grupo de Discusión, *op. cit.*

⁴⁵ María Clemencia Casto, "La guerra: una experiencia sin fin", en *Revista Colombiana de Psicología*, p. 132.

⁴⁶ Conversatorio: Dr. Mireles y estudiantes UAM, UNAM Y UACM, 2014.

⁴⁷ Blair recupera la memoria de las ejecuciones públicas en la Europa del siglo XVII y XVIII que tenían un sentido claramente orientado hacia el control social, "reprimir con fuerza los desórdenes internos de la ciudad y desalentar la entrada de elementos dañinos a la misma a través de la exposición de los restos de los cuerpos de las víctimas de los suplicios", E. Blair, *op. cit.*, p. 89.

⁴⁸ Elsa Blair recupera en uno de sus texto (2001), los referentes de varios estudios en los que se habla de "crueldad inútil" en relación con la tortura. Consideramos que el término se refiere más bien a "excesiva" y que parece estar centrado en la mirada de la víctima porque el victimario

parece obtener eso a lo que aspira, generar terror en los otros.

⁴⁹ Peter Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*.

⁵⁰ Sayuri Herrera Román, “¿Por qué torturaron hasta la muerte al normalista Julio César Mondragón Montes?”, en *El Cotidiano*, p. 106.

⁵¹ María Clemencia Casto, “Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra”, en *Desde el jardín de Freud*.

⁵² CNN México, 19 de marzo, <http://mexico.cnn.com/nacional/2011/03/19/a-un-ano-de-la-muerte-de-dos-estudiantes-del-tec-de-monterrey>, 2011.

⁵³ El caso fue aceptado por la CIDH, véase Comisión Interamericana de Derechos Humanos CIDH, *Informe N° 158/11*.

⁵⁴ Grupo de discusión, *op. cit.*

⁵⁵ Óscar Barrera Sánchez, “El cuerpo en Marx, Bourdieu y Foucault”, en *Voces y Contexto*.

⁵⁶ Los países de la Unión Europea han ido incrementando los niveles de violencia y control, y las fuerzas de seguridad a cargo de las manifestaciones públicas y la migración tienen comportamientos cada vez más represivos y militarizados. Véase *Ciutat Morta*, 2013.

⁵⁷ No obstante, si revisamos los documentos sobre seguridad y defensa de la Unión Europea, así como las acciones ante movilizaciones internas en varios de sus países, los lineamientos son similares.

⁵⁸ Esta concepción se aplica también al interior de EUA aunque con otras formas e, incluso, podemos considerar que las políticas militarizadas para hacer frente a los problemas de seguridad pública así como la criminalización de la pobreza en diversos países de América Latina que no están inscritos directamente en el neoconservadurismo, comparten algunos elementos (enemigo interno, amenaza difusa, objetivos de población civil, carácter preventivo, daños colaterales, etcétera.). Un ejemplo son las políticas de hacer frente a la delincuencia en las favelas de Brasil.

⁵⁹ Noam Chomsky, *10 estrategias de manipulación mediática*.

⁶⁰ Peter Berger y Thomas Luckmann, *op. cit.*

⁶¹ Para una revisión detallada de los acuerdos, instituciones creadas y legalidad *ad hoc* a la que se hace referencia en esta parte del texto, véase: María José Rodríguez Rejas, “La centralidad de América Latina en la estrategia de Seguridad Hemisférica de Estados Unidos”, en *Estados Unidos más allá de la crisis*.

⁶² Como señalábamos anteriormente, sorprende la dificultad que tenemos para identificar los esquemas de contrainsurgencia que perviven en las políticas de seguridad actual. El ciclo neoconservador se puede documentar como un *continuum* desde los setenta e incluso sus antecedentes en materia de seguridad hunden sus raíces en la Doctrina Truman. La National Security Act (1947) contiene los lineamientos de contrainsurgencia, que se nutren de las experiencias de Francia en Indochina y de Gran Bretaña en Malasia. La guerra total, preventiva, permanente, contra un enemigo interno está presente en los diagnósticos y estrategias de EUA para reposicionarse en la competencia mundial. En *Santa Fe I* (1980) y *Santa Fe II* (1988) se planteaba la lucha contra el terrorismo —“independientemente del origen de este último”— y el crimen organizado; *Santa Fe II* hacía mención a la “vulnerabilidad” de algunos territorios, entre ellos México, y al riesgo que representaban para la seguridad estadounidense. Ésta sería la primera declaración de México como estado fallido. En la *Iniciativa para las Américas* (1990) y la *National Security Strategy for a New Century* (1998) se incorporó la idea de seguridad preventiva y así hasta llegar a sus versiones más recientes (Rodríguez Rejas, 2010). Los aprendizajes de los cincuenta (Corea, Vietnam, Guatemala convertida en un campo de muerte y tortura, la desestabilización colombiana y las masacres tras el asesinato de Gaytán) se capitalizaron en la Escuela de las Américas y en los golpes de fines de los sesenta y setenta en América Latina, donde

el miedo dejó de ser localizado para masificarse e incluso articularse en estrategias transnacionales como la Operación Cóndor, véase Gregorio Selser, *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*.

⁶³ Para una revisión detallada del contenido de estos documentos y cómo se entrelazan sus trayectorias con los acuerdos comerciales, véase: María José Rodríguez Rejas, “La centralidad de América Latina en la estrategia de Seguridad Hemisférica de Estados Unidos”, en *Estados Unidos más allá de la crisis*, *op cit*.

⁶⁴ En América Latina, el recuento de intervenciones desde los cincuenta, sesenta, setenta y en la actualidad ha sido una constante. De la misma manera, lo ha sido y es en el exterior, Indochina, Argelia, o Irak, Afganistán, Libia, Siria, Yemen, en nuestros días.

⁶⁵ En los ejercicios militares conjuntos con EUA en los que se siguen formando cientos de militares latinoamericanos es también esa la orientación. Por ejemplo, en Cabañas, realizado en Argentina en 2001, se establecía el supuesto de “un campo de batalla compuesto por civiles, organizaciones no gubernamentales y agresores potenciales” (Centro de Militares para la Democracia Argentina, CEMIDA), *Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad y el momento actual*, *op cit*.

⁶⁶ Véase Nydia Egremy, “Contrainsurgencia para el siglo XXI”, en *Contralínea*; y, Department of de army, Headquarters, FM 3-24 MCWP 3-33.5 *Insurgencies and Countering Insurgencies*.

⁶⁷ La guerra contra el narcotráfico se remonta a los años setenta, fue anunciada por Nixon en 1971 y se justificó, ya por entonces, como una guerra en defensa de la democracia. El primer operativo fue la Operación Cóndor en México (1975-77), diseñada especialmente como lucha contra el narcotráfico y en la que participaron diez mil soldados en la zona de Sinaloa, Durango y Chihuahua (Astorga, 1999). El general José Hernández Toledo, a cargo de la operación, había participado en la masacre de Tlatelolco y en las luchas contra el movimiento universitario en la UNAM, la Universidad Nicolaita y la de Sonora. Se fumigaron territorios, se desplazó a campesinos y crecieron los abusos. Se armó sobre la base de cooperación militar y tuvo sus antecedentes en la Operación Intercepción (1969) y en el primer acuerdo antidroga México-EUA conocido, la Operación Cooperación. Véase Kate Doyle, “La Operación Intercepción: los peligros del unilateralismo”.

⁶⁸ Éste fue el caso de los Zetas, uno de los cuerpos de élite del ejército que conformó su propio cártel y que ha sido uno de los más violentos.

⁶⁹ Las reformas en materia de seguridad inician en 1996 con la creación de la Ley Federal contra la Delincuencia Organizada que fue reformada en 2004. Además en 2005 se crea la Ley de Seguridad Nacional y en 2009 la Ley de la Policía Federal, además de las reformas mencionadas y la reciente iniciativa en discusión de Reforma Constitucional en Materia de Seguridad y Justicia.

⁷⁰ El relator especial de la ONU sobre tortura, considera que ésta es una práctica generalizada en México —lo que el gobierno niega—, y fue un término que ya aparecía en el informe preliminar de 2014. Sin duda esto tiene que ver con las transformaciones legales e institucionales de las que hemos hablando y afecta al ciudadano de a pie, muchos de ellos jóvenes. Véase: *La Jornada* (11 marzo 2015) y Naciones Unidas (2014).

⁷¹ Recordemos que la tortura para obtención de información es una práctica habitual de las fuerzas de seguridad de EUA y así tuvo que reconocerlo el Senado en relación con las acciones de la CIA en los años recientes (*Senate Select Committee on Intelligence*, 2014). Los términos “ciclos de información continua” y “plan especial de interrogatorio” estaban en las declaraciones de soldados que habían estado en Abu Ghraib y otras cárceles en Afganistán.

⁷² Sayuri Herrera Román, “¿Por qué torturaron hasta la muerte al normalista Julio César Mondragón Montes?”, en *op cit*.

⁷³ La *Declaración sobre Seguridad de las Américas*, abre la posibilidad de intervenciones ante

“conflictos internos... cuando el Estado afectado así lo solicite”. En el mismo sentido, el Comando Norte, al que México quedó adscrito por decisión unilateral de EUA (2002), considera el despliegue militar para misiones de seguridad interna.

⁷⁴ María José Rodríguez Rejas, “La centralidad de América Latina en la estrategia de Seguridad Hemisférica de Estados Unidos”, en *Estados Unidos más allá de la crisis*, Dídimo Castillo Hernández y Marco A. Gandásegui Hijo [coords.], México, CLACSO/UAEM/Siglo XXI, 2012.

⁷⁵ Un ejemplo de las decisiones tomadas por legisladores bajo presión y sobre el desconocimiento se dio en el caso de la autorización del Congreso de EUA para intervenir en Irak. Otro ejemplo documentado lo podemos ver en el documental de Michael Moore sobre el rescate bancario vía *fast track* o lo que una congresista de Ohio calificó como “golpe de estado financiero”.

⁷⁶ En América Latina está la gran reserva de la biodiversidad del planeta, así como del agua dulce; cuenta con importantes fuentes y reservas de petróleo y gas natural alternativo a las fuentes de Medio Oriente; así como importantes minerales estratégicos, de hecho entre los diez principales países mineros del mundo, siete son latinoamericanos. En el área del Proyecto Mesoamericano, desde México a Colombia, se concentra un tercio de esos recursos de América Latina. Véase María José Rodríguez Rejas, “La centralidad de América Latina en la estrategia de Seguridad Hemisférica de Estados Unidos” *op cit.*

⁷⁷ La competencia intrabloques y las contiendas por la hegemonía son disputas a muerte por el territorio, sus recursos, incluido el capital humano, y el poder. Estamos en una fase del capitalismo en la que se está repartiendo nuevamente el mundo. La expansión de territorio y la conquista de nuevos mercados requiere indefectiblemente de la violencia de guerra.

⁷⁸ Elsa Blair, *op cit.*, p. 91.

⁷⁹ En las ciudades existen auto-organizaciones en los barrios para hacerse cargo de su seguridad; en lugares como Michoacán, las autodefensas, hoy fracturadas y en crisis, fueron la respuesta de los ganaderos de la zona. Las experiencias que se basan en una historia organizativa previa y en un tejido identitario arraigado son las menos, como la CRAC, hoy dividida, y Cherán.